

Presentación al dossier: Cincuenta años del golpe de estado en Chile

Javier Etchegaray

University of North Carolina—Chapel Hill

Audrey Hansen

University of Michigan—Ann Arbor

El 11 de septiembre de 1973 las fuerzas armadas chilenas llevaron a cabo un golpe de estado en contra del gobierno democráticamente electo presidido por Salvador Allende. La operación fue veloz, sistemática y despiadada. Al caer la noche, Allende estaba muerto, el Congreso se encontraba clausurado y una junta militar liderada por el general Augusto Pinochet había tomado el control de los aparatos del poder ejecutivo, legislativo y judicial. Aquel día inauguró una dictadura cívico-militar que habría de durar diecisiete años y que desató una ola de violencia estatal que se esparció a lo largo del territorio nacional.

A cincuenta años de este suceso, cabe reflexionar sobre qué exactamente es lo que se conmemora hoy. Sería ingenuo afirmar que este año se conmemora una simple efeméride, una fecha desconectada de su contexto histórico y abstraída del proceso al que dio pie. Visto de esta forma, *el 11* puede ser entendido en cuanto inicio, fin o punto medio, de procesos históricos de muy larga duración que sustentan el carácter histórico de la nación chilena. Otra pregunta: ¿quién conmemora esta fecha? Aquí, nuevamente, parecemos estar frente a una multiplicidad de experiencias que hace difícil delimitar su ámbito. *El 11* es el trauma vivencial de las generaciones de

chilenos que vivieron en carne propia el quiebre de la democracia y la subsiguiente dictadura; es la memoria histórica que se ocupa para definir posiciones políticas para los chilenos nacidos tras la vuelta de la democracia; es el luto de quienes recuerdan a sus seres queridos y familiares asesinados y desaparecidos; el silencio solemne de aquellos que recuerdan esta fecha con melancolía; la triste desidia de quien dice “*no estar ni ahí*”; la satisfacción—de mal gusto, usualmente silente, pero por sobre todo muy real—de quienes se sienten vencedores.

Es difícil plasmar en palabras simples una reflexión respecto al golpe de estado del 11 de septiembre de 1973 en Chile porque se hace dolorosamente evidente que en realidad existen muchos *11*; demasiadas experiencias personales; tantas tentativas de procesar el trauma histórico—aquello que en la Alemania post-1945 se denominó *Vergangenheitsbewältigung* (hacer frente al pasado)—que finalmente las palabras parecen quedar cortas frente a la compleja realidad que heredamos a cincuenta años. Y es que el ejercicio de reflexión sobre esta fecha sobrepasa la dimensión personal y privada; es un trabajo colectivo que se compone de capas que se superponen como sedimento.

Si se quiere explorar dentro del contexto académico, por ejemplo, se constata un nuevo interés por estudiar una serie de documentos recientemente desclasificados de los servicios de inteligencia estadounidenses, ejemplificados por el trabajo de Peter Kornbluh. A su vez, el hito de los cincuenta años ha dado pie a un renovado interés revisionista respecto al golpe de estado, de los cuales cabe destacar el libro recientemente publicado por Daniel Mansuy, las memorias de Patricio Alwyin, o la colección de ensayos titulada *Resonancias de un golpe: Chile 50 años*; todos del año 2023. Desde las artes, a su vez, cabe destacar la película *El Conde*, las instalaciones de Voluspa Jarpa, y las innumerables intervenciones anónimas en los muros de las grandes ciudades de Chile,¹ como ejemplos de reflexiones respecto al tema que tuvieron lugar durante el 2023. Contribuye a esta discusión el presente volumen de *A Contracorriente*.

El pasado 21 de abril de 2023, el equipo editorial de *A Contracorriente* tuvo el placer de presentar un simposio para conmemorar los cincuenta años desde el golpe de estado en Chile. Los panelistas que participaron virtualmente pertenecen a varias

¹ Para un libro que documenta estas intervenciones, ver *The Walls of Santiago: Social Revolution and Political Aesthetics in Contemporary Chile* de Terri Gordon-Zolov y Eric Zolov (2022) y la reseña de este libro, escrita por Camila Sanhueza, que se incluye en el presente número de *A Contracorriente*.

áreas de investigación: por la mañana, Denisa Jashari y Oscar Guardiola-Rivero formaron el panel “Historias y legados”; y por la tarde, Roberto Brodsky, Elvira Hernández, y Sergio Villalobos-Ruminott conversaron en el panel “Literatura, cultura, y memoria”.² Esta mezcla de perspectivas y experiencias diferentes hizo posible una conversación amplia y diversa sobre los cincuenta años del golpe de estado, una variedad que también se refleja en este dossier que compila contribuciones de estos participantes. Tanto el simposio como este dossier demuestran el amplio alcance de las repercusiones del golpe que se desvelan en cada aspecto social y cultural y siguen cambiando al paso del tiempo.

En “El golpe de estado: transformación histórica y contrato neoliberal”, Sergio Villalobos-Ruminott propone una aproximación al golpe que evita una lectura excepcionalista del evento. En su lugar, Villalobos-Ruminott delinea la transformación del pacto liberal democrático del siglo XX al contrato social neoliberal que forma parte del proceso de la globalización neoliberal. Las narrativas convencionales y conservadoras—con sus orígenes en las ciencias sociales de los años ochenta y noventa—que presentan los años de la Unidad Popular como una radicalización popular interrumpida por un golpe de estado y dictadura brutal pero necesario, seguido por una transición “ejemplar” a la democracia, sólo permiten la elaboración de contraargumentos de moralidad y denuncia. Para comprender mejor las particularidades de las luchas sociales en el presente—y realmente poder reflejar en los cincuenta años desde el golpe de estado—Villalobos-Ruminott traza la evolución del neoliberalismo y su implementación agresiva en Chile después de 1973 y enfatiza la transformación profunda que engendra el neoliberalismo, no sólo en el ámbito económico sino también político y social. Señala, crucialmente, que, aunque la desregulación económica genera la conflictividad social en la sociedad, el sistema neoliberal es capaz de neutralizar estos conflictos con una gestión gubernamental muy ágil. Al final, comprender los matices del sistema neoliberal y sus consecuencias de amplio alcance en la sociedad es central para atender a la lista muy larga de problemas y desafíos que enfrentan Chile, América Latina, y el mundo.

Oscar Guardiola-Rivera, en su ensayo “Fifty Years On,” aborda otro tipo de transformación histórica, pensando en posibles cambios profundos a la manera de acercarnos al paso del tiempo en cuanto historia. Este ensayo sigue otro camino al que toma su libro *Story of a Death Foretold. The Coup Against Salvador Allende, 11 September,*

² El video de ambos paneles se encuentra [aquí](#), en la página “Entrevistas A Contracorriente” en nuestro sitio web.

1973, publicado a cuarenta años del golpe, en 2013. Aquel libro cumple con un concepto linear de la historia del golpe, pero aquí, diez años después, Guardiola-Rivera nos presenta con otras perspectivas que hacen borrosos los límites de cualquier concepto definido de la historia. Aborda la historia de Salvador Allende como un mito (“mythic matter”), lo cual requiere un tratamiento diferente al del concepto convencional de la historia. ¿Y cómo leer un mito? Con otro mito—entonces Guardiola-Rivera lee el mito de Allende junto al mito colombiano de Cachama, un bandido-héroe cuya caída en algún hoyo desorientó sus sentidos, le dio poderes especiales y cambió su relación con sus alrededores. Este ensayo recurre a una mezcla caleidoscópica de disciplinas—la física, la antropología, las ciencias económicas, la literatura clásica—para enfrentarse con un pasado de una manera dinámica que nunca tendrá fin.

Roberto Brodsky nos conecta con el lado personal del impacto del golpe de estado en su crónica “Autobiografía de la patria súbita”. Al recorrer la felicidad que encontró el adolescente Brodsky cuando llegó a Buenos Aires con su familia en 1974, este momento del primer exilio desencadena una reflexión no sólo en el exilio mismo sino en la judeidad, el refugio de la palabra, y el cruce dónde los tres se encuentran. Brodsky recuerda con afecto su comunidad y su estancia como joven en Buenos Aires, un capítulo demasiado corto que sería destrozado por el terrorismo del estado que pronto llegaría a la propia Argentina. Tanto esa comunidad como su destrucción llegó a formar parte de la judeidad de Brodsky, quien encontró y encuentra una patria, a pesar de su exilio multifacético, en la palabra y el testimonio.

En “Golpes espaciales”, Denisa Jashari nos invita a considerar el golpe de estado del 11 de septiembre de 1973 desde la perspectiva de la geografía crítica. Este ejercicio enriquece el análisis del hecho histórico al ir más allá de la mera temporalidad para, en vez, considerar cómo el espacio—entendido no como un receptáculo pasivo en donde se vuelca el devenir histórico, sino en tanto proceso, producción y simultaneidades—intersecta con el tiempo de formas concretas y abstractas. Visto de esta forma, el golpe es analizado no sólo como un evento que aconteció en el tiempo, sino como una tentativa de apropiarse de, resignificar, crear y destruir, diferentes espacios. Jashari plantea cómo la dimensión social de la creación del espacio nos lleva a entender diferentes formas en las que el golpe necesariamente desborda los límites temporales del día martes 11 de septiembre de 1973. De esta forma, la autora nos presenta el ejemplo del edificio ubicado a la altura 227 de la Alameda que ha transitado entre los nombres UNCTAD III—Edificio Diego Portales—Centro Cultural

Gabriela Mistral, a lo largo de los años, como tentativas de políticas para resignificar el espacio público del casco histórico de Santiago. A su vez, Jashari utiliza el ejemplo de la Villa San Luis en la comuna de Las Condes como un espacio que encarna la lucha entre distintas visiones de país y sociedad que continúa hasta el día de hoy.

Los cincuenta años, por esencia, transcurren en el tiempo presente. Tal como hemos constatado la imposibilidad de pensar sobre el golpe como un evento aislado, es asimismo necesario constatar el momento presente para entender dónde estamos en esta discusión. La lógica indica que el paso del tiempo debiera abrir la posibilidad para más discusiones críticas en espacios públicos, de mejor nivel reflexivo, y por sobre todo, más humanas. Sin embargo, es necesario decir—con franqueza—que los cincuenta años llegan en un contexto nacional sumamente conflictivo, desalentador e incluso peligroso. Dicho simplemente, la clase política chilena en su conjunto—que no es lo mismo que la ciudadanía en sí—no ha estado a la altura del tiempo histórico y más bien, han extremado recursos en pos de generar mayores niveles de polarización y disfunción institucional.

El presente gobierno, que apostó por la idea de una gran conmemoración que excedía el marco de un sólo día, y que convocara a amplios sectores para, de esta forma, lograr generar acuerdos y posiciones en común, ha ofrecido, en cambio, desorganización, incapacidad de gestión, e improvisación respecto al tema. Frente a lo que el gobierno públicamente se propuso llevar a cabo originalmente, no cabe duda que el acto llevado a cabo en el palacio de La Moneda el día 11 de septiembre del presente año—con la ilustre participación de la poeta Elvira Hernández—fue a todas luces algo mucho más sobrio, pequeño y menos convocante de lo esperado. De igual forma, la actual oposición se ha encargado de dar un triste espectáculo, haciendo gala de la intransigencia, volcándose enteramente al cálculo electoral de corto plazo en vista de su presente favorable y, sobre todo, creando un ambiente favorable a expresiones abiertas de negacionismo, tanto en la interpretación de los hechos como en su constatación misma. El centro político tuvo poco y nada que ver en esta situación dada su casi inexistencia. No hace falta nombrar nombres pues los roles y protagonistas de cada sector han resultado ser totalmente intercambiables entre sí a lo largo de la última década. Como resultado del lamentable espectáculo dado por la clase política chilena respecto a la conmemoración de los cincuenta años del golpe, la ciudadanía transita entre una creciente polarización e intolerancia política—reflejada por la total desconexión entre las cámaras de eco que se construyen de un lado y otro—y su triste contracara: el desinterés, el desapego y la disociación.

Karl Marx abre *El dieciocho brumario de Luis Napoleón* (1852) con la archiconocida frase “Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como quien dice, dos veces. Pero se olvidó agregar: una vez como tragedia y la otra como farsa”. En la tragedia griega clásica, el clímax dramático no llega en el momento en que la audiencia se entera del destino que les depara a los personajes; después de todo, tanto Edipo como el público descubrimos su fortuna muy tempranamente. El clímax, más bien, llega en el momento en que el protagonista se da cuenta que todas las piezas han caído en su lugar; cuando el destino anunciado previamente deviene en *logos*. Mirando hacia atrás—y constatando que esto no es la dicotomía ramplona que contrapone la (in)evitabilidad del suceso—el golpe es tragedia cuando se logra constatar el desdén generalizado por el proceso democrático que existía hacia 1973; la cualidad de pieza de ajedrez que tenía Chile en un tablero organizado en cuanto mundo bipolar, enfrascado en un juego de suma cero entre la alta administración de las potencias nucleares; y la creciente violencia política en la que se enfrascaban ciudadanos, políticos y militares, en las calles, campos, y en el seno mismo de la institucionalidad chilena.

La farsa, en cambio, asoma su desagradable cara a cincuenta años del golpe. Chile vive hoy un proceso de decadencia institucional, una deteriorada situación económica, altos niveles de polarización política y un conjunto de tensiones sociales que se resumen bajo el concepto de *malestar*. La violencia que puede resultar de esta explosiva combinación no es metafórica, y el terror ante ella no existe solamente en imágenes en blanco y negro. Hace cuatro años vimos cómo se desataba un proceso acelerado de descomposición sociopolítica cuya resolución todavía no logramos encontrar. Ante la insensible e ineficaz tentativa de *cerrar el tema y pasar página* proponemos seguir discutiendo, continuar reflexionando e insistir en el diálogo; ya no para instaurar una única interpretación, ni para silenciar al otro, sino porque el ejercicio en sí mismo contiene la promesa de un mejor porvenir. La figura de retórica clásica griega denominada *parresía* denota el ejercicio de hablar con franqueza, abiertamente, sin censuras e incluso con alguna dosis de atrevimiento, pero ante todo con buena fe, apelando al bien común y por la obligación moral que conlleva el ejercicio de decir la verdad (que es distinto a pretender hablar con la verdad).

El generar diálogos y espacios de conversación críticos deja de ser, a estas alturas, una tentativa bienintencionada, y pasa a ser, en vez, un problema existencial en el devenir histórico de la sociedad chilena. De esto depende que el *Nunca Más* sea

un verdadero norte para el actuar del Estado, y no un simple recurso retórico. Sólo así se logrará valorar y apreciar nuestra democracia—por imperfecta que sea—por sobre la tentativa de alguna minoría de imponer sus ideas sobre las grandes mayorías aprovechando alguna coyuntura temporal. Así, se podrá mantener viva la memoria de las miles de víctimas de la dictadura cívico-militar, honrar su vida, y respetar su legado.

Es con gran orgullo que presentamos este volumen de *A Contracorriente*.